

# Partir de Ítaca y otros ensayos literarios

Escribo mis reseñas llevado por el convencimiento de que  
estoy dando una opinión tentativa.

FEDERICO PATÁN.

Reseñar un libro implica una labor crítica; esto es, expresar un juicio sobre una obra, ejercer el propio criterio. En la reseña se emite una opinión, un “parecer” que se tiene sobre una cosa. Así, muy a pesar de las recomendaciones que hace Federico Patán en su libro *Partir de Ítaca y otros ensayos literarios*, donde afirma que un reseñista debe ser conocedor y especialista, yo, que esto escribo, sólo me defino como un aficionado a leer y pensar, pero también un difusor, simplemente, de lo que desde mi humilde perspectiva, vale la pena revisarse. En este sentido, afirmo que este ameno librito, editado por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM), conjuga de manera maravillosa dos facetas que recaen en un mismo sujeto: el *autor*. La primera de ellas da cuenta de un lector asiduo y riguroso, un analista, crítico y teórico de la literatura; la segunda, de un escritor que piensa en sus lectores y que, a lo largo de esta compilación de ensayos, los lleva de la mano descifrándoles los vericuetos por los que se atraviesa al verter el pensamiento en una hoja en blanco.

De este modo, el también autor de *Último exilio* nos conduce por el trayecto de su propia escritura. En sus ensayos confiesa sus temores, vacilaciones y exigencias. Subraya sus motivaciones —por lo menos las que le son conscientes—, y deja ver los apuros y las contrariedades por las que se va de la lengua oral a la escrita. De esta manera, en su texto nos lleva a dar un paseo que inicia con sus reflexiones en torno a la lengua y la escritura como

La Colmena 57, enero-marzo 2008.

actos de manifestación y perpetuación del pensamiento, y pasa por la traducción, la reseña, el cuento, la novela y la poesía.

Respecto al idioma, Federico Patán reitera un hecho que no por obvio resulta irrelevante: "Todo hombre vive, simultáneamente, su lengua y su habla". Así, el ser humano *vive* y *con-vive* con su idioma; lo delinea, lo forma; y al formarlo, se conforma con él. Quizás por ello titula ese ensayo "El idioma que habito", porque entiende que, como individuos, nos valemos del lenguaje para hacernos valer. Y es que, como llegó a afirmar Alfonso Reyes en *Nuestra lengua*: "Por una parte, el hombre ha hecho el habla; por otra, el habla ha hecho al hombre[...] El que deseaba labrar una estatua hizo un cincel: el cincel lo hizo poco a poco escultor".

En este mismo texto, Patán no sólo menciona la distinción entre lengua y habla sino que subraya la diferencia entre lengua hablada y escrita, además de que enfatiza que es la segunda la que exige lo que Chomsky llamó una "conciencia lingüística" que implica, por una parte, tener desarrolladas las capacidades de escuchar, hablar, leer y escribir, pero por otra, responsabilizarnos de nuestra lengua para que, más allá de la mera comunicación, podamos asumir un compromiso con nuestro idioma que evite su demolición, o como ha dicho Carlos Monsiváis, su "minusvalía".

De esta manera, nuestro autor da cuenta que en la geografía de México pululan las variantes lingüísticas "que hacen imposible —diría yo, impensable— hablar de una lengua mexicana". Bajo esta perspectiva, Patán, no sólo nos advierte del "carácter anfibio del habla" al pertenecer ésta a dos mundos distintos aunque complementarios: lo oral y lo escrito, sino que alude las "malas palabras" como términos habituales —pero innecesarios— en el discurso, emblemas de la pereza mental y la precariedad del idioma en quienes abusan de ellas.

Respecto a la escritura, el mismo Reyes había dicho que es ella fijación en el tiempo y en el espacio. Gabriel Zaid, subraya que "la escritura es un simulacro del habla". Federico Patán, por su parte, nos recuerda que "el habla no puede ser tan sólo habla", pues es preciso que la geografía anímica de un autor adquiera cuerpo en un lenguaje. Por ello, como novelista sugiere que "no hay narrativa sin anécdota", aunque recuerda que ésta por sí misma no basta. Para la narrativa son igualmente esenciales la trama y un uso peculiar del lenguaje que lo lleva, como afirma Mirna Aguirre, "más allá de un escueto carácter utilitario" y lo convierte en artificio.

Asimismo la narrativa implica disciplina, oficio, madurez y talento; al tiempo que exige libertad, capacidad de hallar vínculos entre el mundo exterior e interior y un compromiso, por parte del escritor, para "incrementar la riqueza de su lenguaje y el lenguaje". De este último, Patán ha dicho que se convierte, en el creador, en el escritor, en una "voz personalísima" de la que emergen poemas o la que hace hablar personajes entre los cuales se entretejen historias. Voz de la que brotan ensayos, esas travesías que experimenta el pensamiento y que constituyen una mezcla de investigación



Federico Patán, *Partir de Ítaca y otros ensayos literarios*, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, México, 2006.

e intuición; o bien reseñas, las cuales acompañan y atestiguan la aparición de un libro y aglutinan apreciaciones en torno a él; o traducciones, que aluden a una aparente traición de la propia lengua pero que, en realidad, nos descubren otros mundos que nuestra ignorancia y monolingüismo serían incapaces de mostrarnos.

De esto y más habla Federico Patán. Lo hace con una claridad que los lectores le agradecemos. Y es que, como sostiene Rodolfo Castro en su texto *La intuición de leer, la intención de narrar*, es triste ver que en un mundo cada vez más hambriento proliferen tanto las “vacas sagradas”. Patán, yendo contra esta idea del escritor intangible e inalcanzable, escribe pensando en sus posibles lectores y su escritura sirve para crear y recrear este mundo cada vez más complejo e indescifrable. Al hacerlo, modifica la realidad y se modifica con ella, porque cada autor, cada escritor, al valerse del lenguaje para expresar sus sentimientos, aficiones y aflicciones, representa, como él mismo dice, “una variante del lenguaje”, y se condena al juicio —y al prejuicio— de un público casi siempre anónimo.

*Partir de Ítaca y otros ensayos literarios* es un libro esclarecedor, deleitable y útil. No obstante presenta un número importante de erratas y deficiencias que competen más bien al editor y al proceso editorial mismo y que, desde luego, no excluyen al autor y al corrector de estilo. Así, el texto tiene algunos problemas de acentuación y en él no se emplean las cursivas para referir los títulos de las obras mencionadas dentro del escrito ni en la bibliografía presentada. Tampoco se recurre a la letra versalita cuando el autor refiere los siglos que menciona en su obra. Pero, como diría el propio Patán, —no acostumbro asesinar textos—, por lo que considero que este librito puede tener otro rostro —en una segunda edición— si se cuidan aspectos relativos a su estructura, disposición de títulos, notas, tipos de letra, etcétera; es decir, si la empresa editorial vela por no manosear lo que el autor ha escrito y hacerle justicia a su esfuerzo como creador. LC